

Alicia Hernando

“Un encuentro afortunado”

Natalia , mi casera, me trajo un paquetito bien envuelto, lo tomé sin ganas y lo desenvolví quitando un gracioso lazo verde sobre papel de estraza. Casi me caigo del susto , al extraer un macizo anillo de oro blanco rematado con un soberbio rubí; en su interior pude leer la frase que conocí siendo un niño: “por un encuentro afortunado”. Mi abuela lo mandó grabar como regalo a mi abuelo , el primer Pablo Penguin, segundo sería mi padre y el tercero este humilde servidor de ustedes. Mi abuelo era un pobre hombre en aquel entonces a punto de tomar como esposa a una dama de la alta sociedad de la época.

—Lo trajo el señor Tomás, el prestamista —dice Natalia, con una sonrisa cómplice—. Por lo visto, una señorita rubia guapísima satisfizo la deuda que pesaba sobre la alianza.

Nada hacía presagiar un fin de semana diferente , era yo un aburrido oficinista, para ser más concretos, funcionario del Estado, tan gris y cotidiano como mi tarea. Ese viernes, apagué el ordenador y las luces, cerré con llave la oficina donde desarrollaba mi tarea (desde hacía ya veintidós años sin interrupción alguna) y, dando por finalizada la rutina semana, pasé por el supermercado para comprar una botella de vino *lambrusco*, un paquete de pasta y un bote de tomate frito que compartiría con mi anciana madre.

Pero el destino es caprichoso y quiso el azar que, al salir, tropezase con una linda señorita vestida con un sencillo pero sexy traje de topes morados sobre fondo beige claro. Consecuentemente, el frasco de tomate que portaba Pablo fue a caer rebotando y con un ruido de cristal, esparció su contenido en el pantalón tipo chino de color gris marengo y dejó una escandalosa mancha roja que se asimilaba al rojo carmesí de la hemoglobina sanguínea. La chica agarró con suavidad y firmeza del brazo a Pablo, cuyo rostro a la vez mostraba claros indicios de sorpresa y deleite.

—¡Esta usted herido!

—No, no, es el tomate —dije con una ligera afectación en mi tono de voz.

—Oh, arreglaremos este estropicio; venga conmigo; tengo ahí mismo mi coche. Insisto en ello...Me llamo Elena, por cierto.

— Pablo —musité.

Nunca me había visto en una situación similar y dejé hacer a la chica, quien con presteza ya salía del establecimiento arrastrándome. Y dándome una bolsa de tela amarilla, pude guardar el vino y el paquete de spaghetti .

Su coche era un escarabajo verde pálido y pensé que cuadraba con el carácter alegre de su bella propietaria.

Condujo con soltura por las calles madrileñas. Luces y guirnaldas anuncianaban que la Navidad se aproximaba a pasos agigantados... En una semana sería veinticinco de diciembre y otro año se asomaba. Solía apuntar yo en el calendario las citas médicas de mi madre y otros acontecimientos y pensé que debía reflejar el día de hoy como “un encuentro afortunado” y esto me hizo sonreír; mi acompañante lo observó y también tomó nota mentalmente para preguntarle después.

Tras una exitosa maniobra de aparcamiento, digna de un experto conductor, ella estacionó el vehículo y ambos bajamos del coche. Me dirigió a un escaparate donde un elegante maniquí masculino lucía un traje de cuadros marrones sobre fondo negro confeccionado en tela mezclilla. Elena extrajo de su bolsillo derecho, elegantemente, una llave alargada y dorada y me condujo dentro de la tienda. Yo no salía de mi asombro. Era una tienda antigua. De frente un mostrador alargado de

madera mostraba señales inequívocas del paso de los años. En esencia, era un local amueblado con gusto y sin reparar en gastos. Una larga fila de trajes se alineaban en perfecto orden de colores, texturas y diferente tallaje.

Ella, haciendo gala de su ya demostrado desparpajo, se dirigió a un rincón y extrajo varias prendas de un burro. Me las tendió y, mirándole con un gesto pícaro, dijo: cámbiate ahí a la derecha, tienes los probadores, creo que la 50. Y sin esperar una respuesta, se sentó en una coqueta silla tapizada en un verde botella que había junto a la caja registradora.

Reaparecí vestido con un traje de *tweed* inglés color tostado, una camisa a juego en dorado y una elegante corbata en tono uva garnacha. Los zapatos también los había elegido ella y a fe que eran ideales, de suave piel y marca italiana. Marrones y muy flexibles, comodísimos.

De nuevo, por segunda vez ese día, salimos de una tienda para mi regocijo. Me recondujo al coche y accedimos a una pastelería que permanecía abierta con una luz difusa. Llamando al timbre. Nos abrió una sonriente anciana y rubia dama vestida con un simpático traje regional. Ya no me sorprendía nada. Seguí a las dos acompañantes femeninas mientras bajábamos por una gruta excavada en piedra, en el sótano de la tienda, donde accedimos tras levantar la señora una tapa de madera con asombrosa agilidad.

Llené de una suerte de aire viciado mis pulmones y no pude reprimir un grito de asombro. Lo que veían mis atónitos ojos era una digna escena de “Alicia en el País de las Maravillas”, cuatro músicos tocaban con entusiasmo una bella pieza de jazz disfrazados de conejos, los camareros se afanaban en servir copas pero eran zorros con orejas y colas de tales animales y en la pequeña pista de baldosas negras y blancas (una especie de asimétrico damero) bailaba una mujer muy bella que lucía un traje de fallera valenciana. Tomamos asiento en la única mesa que quedaba libre.

La carta la trajo un zorro muy atento; era una hoja de col blanqueada y escrita. Elena ordenó ostras, huevas de caviar iraní, ossobuco *alla milanese* y una botella de Dom Pérignon cosecha 2010. Empezamos a despachar tan soberbio menú y yo solo pensaba en mi menguada economía. Sumaba mentalmente el importe y ella adivinó mi pensamiento y me dijo que no me preocupase, que estaba pagado de antemano. Libamos todo el champán y salimos sin abonar ni un céntimo. De pronto, ante mí se alzaba un coche de negros corceles y un hombre trajeado de riguroso negro en el pescante, quien, con un gracioso gesto de sombrero de copa, nos animó a subir y yo quería darme cuenta que parecía todo un sueño de tan mágico e inesperado.

Elena parecía en su líquido elemento y procuré estar a la altura de la situación.

Afortunadamente, las calles eran reconocibles y los adornos navideños seguían en sus lugares. Súbitamente, pensé en mi calendario de pared y en como anotaría este singular día y todos los eventos vividos. Sin duda, otra vez en mi árbol genealógico, se había producido: un encuentro afortunado.